



COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA

ICAI

ICADE

CIHS

**FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y
SOCIALES**

**NARRATIVAS DE LA MATERNIDAD: FEMINISMO Y
EVOLUCIÓN DE LA MATERNIDAD INTENSIVA**

Autor/a: Isabel Arnaiz Pazos

Director/a: María Pilar Martínez Díaz

Madrid

2021/2022

Índice:

RESUMEN Y ABSTRACT	3
INTRODUCCIÓN	4
2.1 Justificación y motivos	4
2.2 Finalidad y objetivos	5
METODOLOGÍA EMPLEADA	5
ESTADO DE LA CUESTIÓN: LA MATERNIDAD	6
3.1 ¿Qué entendemos por maternidad? Repaso histórico.	6
3.2 La maternidad desde una perspectiva biológica.	8
3.3 La maternidad desde una perspectiva cultural	9
UN ENFOQUE DE GÉNERO: LA BASE DE LA MATERNIDAD INTENSIVA	11
4.1 Los mandatos sociales de la maternidad basados en una sociedad patriarcal, ¿qué significa ser una buena madre?	11
4.2 ¿Qué es la maternidad intensiva y de dónde viene? ¿Forma la maternidad parte de la identidad de toda mujer?	14
FEMINISMO Y EVOLUCIÓN DE LA MATERNIDAD INTENSIVA	18
5.1 Influencia del feminismo en el concepto de maternidad	18
5.2 Evolución de la maternidad intensiva: ¿Sigue siendo el modelo de maternidad intensiva el que marca el ideal materno en la actualidad?	21
5.3 Otras perspectivas de la maternidad: Sus nuevas expresiones	23
DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES	26
BIBLIOGRAFÍA	28

RESUMEN Y ABSTRACT

Resumen: El siguiente Trabajo de Fin de Grado (TFG) presenta un análisis sistemático del concepto de la maternidad desde una visión basada en las desigualdades de género y cómo su manifestación en el imaginario colectivo ha afectado de diversa forma a las mujeres. Se ha analizado el fenómeno a través de una revisión bibliográfica y se ha examinado cómo este se ha construido históricamente, además de cómo las diferentes corrientes feministas han colaborado en su posterior resignificación. En su última parte se hace hincapié en el modelo actual de maternidad intensiva, describiendo sus características y evolución hacia nuevas expresiones de la maternidad.

Abstract: The following Final Degree Project (TFG) presents a systematic analysis of the concept of motherhood from a vision based on gender inequalities and how its manifestation in the collective imagination has affected women in different ways. The phenomenon has been analyzed through a bibliographical review and it has been examined how it has been built historically, as well as how the different feminist movements have collaborated in its subsequent redefinition. In its last part, emphasis is placed on the current model of intensive maternity, describing its characteristics and evolution towards new expressions of maternity.

Palabras clave: maternidad, mujer, madre, maternidad intensiva, género, feminismo, igualdad.

Keywords: motherhood, woman, mother, intensive motherhood, gender, feminism, equality.

INTRODUCCIÓN

2.1 Justificación y motivos

La maternidad es un fenómeno biológico, cultural y social ampliamente estudiado por la psicología. Desde hace mucho tiempo ha sido considerada como una de las funciones principales de toda mujer, convirtiéndose en una tarea exclusiva y natural del género femenino. En base a esta idea, surge el modelo de “maternidad intensiva”, el cual defiende que la crianza de los hijos debe consistir en una práctica casi exclusiva de las mujeres, siendo estas las que se deben sacrificar y dedicar todo su tiempo a su rol de madre.

Sin embargo, poco a poco se ha ido convirtiendo en un fenómeno puesto en continuo debate en la sociedad actual. El feminismo ha cuestionado los roles de género tradicionales asociados a la maternidad, adquiriendo un nuevo enfoque y dando lugar a nuevas formas de maternaje. Se ha tratado de romper con la visión tradicional de la maternidad como una tarea exclusiva y natural de las mujeres y se ha implementado nuevas perspectivas basadas en la igualdad de género dando lugar a nuevas expresiones, como por ejemplo, la “maternidad igualitaria”. Aún con ello, también han surgido algunos movimientos feministas que han definido la maternidad como una forma de empoderamiento y de lucha contra la discriminación de las mujeres en la sociedad, y es que el debate en torno a la necesidad de replantear los modelos tradicionales de la maternidad aún no ha finalizado.

A día de hoy siguen surgiendo nuevas perspectivas, opiniones o paradigmas, pero lo que está claro es que tener hijos transforma la vida de muchas mujeres. Así pues, surge la necesidad de explorar más a fondo la relación entre la maternidad, el feminismo, la evolución de la maternidad intensiva y sus nuevas expresiones, así como los factores que influyen a la hora de adoptar o ajustarse a un modelo u otro. También creo necesario abordar, en este trabajo, la construcción social del fenómeno y las expectativas y presiones culturales que influyen en cómo cada mujer experimenta su maternidad. De este modo, se espera que este trabajo de fin de grado contribuya al debate actual sobre la maternidad y feminismo, ofreciendo nuevas perspectivas e información para una mayor comprensión de las complejidades de la experiencia materna.

2.2 Finalidad y objetivos

El objetivo principal de este trabajo es realizar una revisión teórica sobre la evolución que ha ido teniendo el concepto de la maternidad influenciado por las diferentes posturas feministas. Se busca, además, definir y exponer las características del modelo de “maternidad intensiva”, analizar lo que ello supone para la mujer y cómo las expectativas y exigencias sociales afectan a su salud mental.

Además, en este trabajo de investigación se pretende llevar a cabo un análisis sobre cómo la maternidad puede entenderse como el eje principal de la identidad de la mujer y la forma en la que esto puede influir en la voluntad de ser o no madres, además de cómo la decisión de no serlo es recibida en la sociedad.

Algunas preguntas de investigación que se plantean son: ¿Qué entendemos por maternidad?, ¿cómo ha ido evolucionando el concepto de la maternidad y cómo se ha visto influenciado por las diferentes posturas feministas?, ¿qué es la maternidad intensiva y qué implica para la mujer?, ¿es la maternidad el eje principal de la identidad femenina?, ¿qué es ser una “buena madre” y qué exigencias son depositadas en la mujer relacionadas con el “ideal de rol materno”?, ¿son estas exigencias mandatos sociales basados en una sociedad patriarcal?, ¿qué modelo de maternidad es aceptado socialmente en la actualidad?...

METODOLOGÍA EMPLEADA

En el presente trabajo de fin de grado se ha realizado un estudio de investigación de tipo cualitativo en el que, a partir de la información obtenida de diferentes bases de datos y portales de internet, se ha llegado a conclusiones generales que responden a las preguntas planteadas con anterioridad. De forma que se ha llevado a cabo una revisión sistémica de artículos científicos y académicos obtenidos de bases de datos y buscadores digitales como google scholar, la biblioteca digital de la Universidad Pontificia de Comillas, Psycinfo, Dialnet o Academic Search, además de webgrafía como noticias o artículos periodísticos y capítulos de libros que abordan temáticas relacionadas con la maternidad y el feminismo.

ESTADO DE LA CUESTIÓN: LA MATERNIDAD

3.1 ¿Qué entendemos por maternidad? Repaso histórico.

La maternidad es un fenómeno muy amplio que aborda diferentes cuestiones. No se trata de un concepto estático ni universal, sino que ha ido evolucionando a lo largo del tiempo. Prácticamente en todas las sociedades conocidas a lo largo de la historia, la condición femenina por excelencia ha sido la maternidad, siendo única de las mujeres la capacidad biológica de procrear. Es por ello que la maternidad ha sido considerada parte de la esencia femenina y es la razón por la cual se ha sustentado la unión entre feminidad y maternidad (Cuesta, 2008).

La maternidad implica un conjunto de tareas de cuidado y atención de las madres hacia los hijos en las que, además de estar influida por la biografía y experiencia individual de cada mujer, dependiendo del momento histórico en la que es analizada, encontramos unas características u otras. Sin embargo, cuando se empezó a hablar de la maternidad, los investigadores se centraron sobre todo en que las mujeres nacían madres y que ya desde pequeñas, durante su niñez, aprendían y desarrollaban una identidad de cuidadoras orientada a la crianza (Cowdery y Knudson-Martin, 2005). Es por ello que con frecuencia se habla de la maternidad como eje principal de la identidad femenina. Esta creencia se ha puesto en duda y debate a lo largo de los años y algunos autores afirman que surge un problema cuando en el intento de deshacer el binomio de madre-mujer, se intenta también definir la identidad femenina excluyendo totalmente la práctica maternal (Chandler, 1998).

Durante muchos años, las mujeres han sido las únicas y principales figuras que se han hecho cargo de las demandas, del cuidado y del desarrollo de los hijos. En occidente, durante el periodo feudal y años posteriores, la maternidad era únicamente “asunto de mujeres” y carecía de valor. No era un fenómeno cuestionado y mucho menos sujeto a investigación. Fue en el siglo XVIII cuando se produjo una transformación fundamental en la función materna, puesto que se le otorgó a la maternidad un lugar especial, colocando a la madre al servicio del hijo, siendo este inocente y necesitado de su cuidado y protección. Fue en ese momento cuando la mujer empezó a ser valorizada como madre, siendo subordinada aún a la autoridad del hombre. El cuidado absoluto de los hijos pasó a ser un valor fundamental para la civilización, además de un código de buena conducta, y la función reproductora de las

mujeres pasó a ser de suma relevancia. Este pensamiento ha sido definido como el “movimiento romántico” defensor de la maternidad como parte del instinto materno y objetivo central de toda mujer (Molina, 2006).

Más tarde, llegó la Revolución Francesa y con ella la invalidación de los derechos civiles de las mujeres. Para finales del siglo XIX, los hombres serían los encargados de proporcionar estabilidad económica a la familia y, por tanto, sería la madre la responsable de la casa, de la educación y del cuidado de los hijos. Las mujeres comienzan a tener el control de la vida familiar y su ocupación de la vida de los hijos se empezó a convertir en una forma de afirmar su relevancia. Sin embargo, en los sectores más pobres, debido a la industrialización, surgió un nuevo tipo de madres; aquellas que trabajaban durante una larga jornada fuera de casa para poder sobrevivir económicamente. Estas mujeres, trabajadoras, no podían asumir todas las tareas del hogar que se esperaba de ellas, como el cuidado de los hijos. Debido a ello, la mortalidad infantil aumentó y las luchas de estas madres en su época lograron grandes cambios. Uno de esos cambios quedó patente en la ley de 1878 establecida en Alemania, en la que existía una obligación de licencia por maternidad de tres semanas a las obreras de las fábricas después del parto. En 1883 se implantó una nueva ley que otorgó a mujeres trabajadoras algunos subsidios por maternidad. Esta legislación fue la que inspiró a otros países europeos a realizar algunos cambios sociales y económicos a través de los cuales, se pudo afirmar la importancia de la función materna en la dimensión social. Así, el feminismo empezó a cobrar importancia y se llevaron a cabo numerosas manifestaciones callejeras que dieron lugar a numerosos cambios sociales (Oberman, 2005).

Durante los años 30, la crianza sufre un nuevo cambio y surge la idea de la crianza permisiva contemporánea. El factor central para el adecuado desarrollo de los hijos pasa a ser el amor materno, entendido como un instinto natural de la madre. Ese amor era considerado uno de los valores fundamentales en la sociedad y las madres serían las que se dedicasen al completo a la vida doméstica, asumiendo la responsabilidad de la educación y cuidado de los hijos. Se convierte esta en la figura esencial de la crianza y su estabilidad psíquica pasa a ser de gran relevancia para prevenir posibles miedos y ansiedades futuras de los infantes (Cuesta, 2008). El hombre para este entonces seguía siendo considerado la autoridad y con los años las mujeres empezaron a cuestionar esta realidad y muchos de los principios que gobernaban la vida familiar y femenina. Debido a ello, y tras una lucha constante por la reivindicación de los derechos e igualdad de la mujer, para finales del siglo XX, la maternidad adquiere nuevos

significados basados en la autonomía y libertad, otorgando a los hombres un papel más activo en su rol como padres, alejándose de ese rol más tradicional asociado al poder y autoridad (Micolta, 2008).

De esta forma, la maternidad se ha ido convirtiendo dentro del pensamiento occidental en un discurso a ser analizado y, con el crecimiento de las ciencias biológicas y el estado de bienestar durante el siglo XXI, surgen diversas preguntas en relación a su significado social y elección voluntaria, a partir de las cuales comienzan nuevas líneas de investigación (Oiberman, 2005).

3.2 La maternidad desde una perspectiva biológica.

El concepto de maternidad es cada vez más difícil de definir y esto se debe, entre otras cosas, al debate sobre el binomio naturaleza-cultura cuando se habla de este fenómeno. Desde una perspectiva biológica, la maternidad es entendida como el destino inherente de toda mujer, convirtiéndose en un hito natural del género femenino que es vivido como parte de su instinto, de su esencia. Lo cierto es que muchas feministas han luchado durante años por destruir este mito sobre la naturalización de la maternidad, puesto que, si se trata de un instinto, ¿por qué hay mujeres que dicen no tenerlo y optan por no ser madres? La dificultad radica en establecer si el deseo legítimo de las mujeres por ser madres es una herencia cultural (Marcús, 2006).

La construcción biológica de la maternidad afirma que esta se trata de la función natural de cualquier mujer, resultado de un instinto inscrito en su naturaleza y cuyo código biológico proporciona al género femenino ciertas capacidades, habilidades y saberes relacionados con el cuidado de los infantes que sólo ellas tienen y que son independientes de la herencia cultural histórica. Desde este planteamiento, la mujer es la única que puede ser madre puesto que su cuerpo posee características biológicas específicas que le permiten concebir y crear vida en su interior. Entendida de este modo, la maternidad se trataría de una tendencia natural de la mujer a procrear, criar y proteger; siendo esta tendencia algo biológicamente determinado (Londoño et al., 2016).

En relación con esta idea de asumir la maternidad como algo “natural”, resulta curioso como en algunas ocasiones se puede llegar a discutir sobre a quién se le permite ser madre, por

ejemplo en cuanto al derecho de adopción o al derecho al acceso a tecnologías reproductivas (Woodward, 2003). Las parejas de mujeres lesbianas o de grupos étnicos minoritarios han tenido dificultades a la hora de tener acceso a estas tecnologías de reproducción asistida y esto es el resultado de la naturalización de la maternidad (Steinberg, 1997).

Diversos campos como la medicina, la biología o la química han aportado evidencias que sostienen la idea de que es la naturaleza la que prepara el cuerpo de todas las mujeres hacia la maternidad, como por ejemplo a través de la presencia de hormonas como la oxitocina y prolactina que están presentes en el proceso de la lactancia materna. La reproducción se trata de un fenómeno biológico y con frecuencia a las mujeres, a diferencia de los hombres, se les atribuye una gran parte de la responsabilidad reproductiva, pues desempeñan en el proceso un papel importante (Joseph, 2017). Por otro lado, cuando la maternidad se enmarca dentro de lo que es lo “natural”, aquellas prácticas sociales relacionadas con el fenómeno, como la crianza de los hijos, pasa también a formar parte de la responsabilidad “natural” en una mujer (Neyer & Bernardi, 2011).

Ahora bien, la importancia de la dimensión biológica de la maternidad dio un giro importante cuando, en la década de 1960 del siglo pasado, se introdujo la “píldora” en distintos países europeos; una práctica anticonceptiva que sigue teniendo implicaciones relevantes para las mujeres y su maternidad. La más importante es la elección de formar una familia, que ahora es voluntaria y aplazable según las necesidades y deseo de cada pareja y es que, pensar únicamente en términos biológicos, nos conduciría a un reduccionismo de la maternidad, lo cual no deja de ser un error puesto que los conceptos de madre y mujer son dos términos basados en una construcción cultural y social (Beets et al., 2011).

3.3 La maternidad desde una perspectiva cultural

Desde una perspectiva cultural, la maternidad no puede ser clasificada como un hecho natural, sino que se trata de una construcción cultural e histórica a través de la cual se han ido definiendo las normas y fenómenos a los que está ligada, además de ir evolucionando y transformándose a la par que su contexto. Cada madre es una mujer diferente, con trayectorias vitales individuales y diversas y, por ende, ya no podemos considerar la maternidad como una práctica natural, universal o atemporal, sino que está expuesta a una evolución continua marcada por la cultura (Verea, 2004). Tanto el concepto y la definición de “madre” como de “maternidad”, están compuestos por numerosas connotativas que son

variantes según la cultura, la religión o la sociedad, además del paso del tiempo (Arendell, 2000).

Diversos autores defienden esta idea de que la maternidad y su práctica no es un fenómeno innato, como tampoco lo es el amor maternal. Elizabeth Badinter, filósofa francesa del siglo XX, postula que, aquellas personas que conciben la maternidad y el amor maternal como parte de la naturaleza femenina, no están en lo cierto. La autora afirma que este amor puede haber existido desde hace siglos, pero que realmente es fruto de un comportamiento social que se ha repetido a lo largo de la historia y que, además, cambia en función de las costumbres y época en la que nos encontremos. Sería, por tanto, el tiempo que la madre pase con sus hijos y los cuidados que les proporcionan, los que van fortaleciendo la unión entre ambos (Badinter, 1980). Además, el amor maternal no sólo es complejo, también es ambivalente y ambiguo. No podemos definir el amor maternal como un sentimiento ideal y puro en todas las mujeres como se ve reflejado en el imaginario colectivo, ya que no es para nada simple ni está aislado de conflictos (Oberman, 2005).

Por otro lado, desde hace relativamente poco, con la evolución científica y desarrollo de la investigación biomédica, mujeres que no eran fértiles ahora tienen la posibilidad de ser madres gracias a tratamientos, cirugías o tecnologías que dejan atrás creencias, valores y representaciones que eran inflexibles hace años. Así, en la actualidad, querer o no ser madre se trata de una reivindicación de un derecho más que una imposición biológica (Abajo-Llama et al., 2016).

Por tanto, la interpretación del proceso natural y social de ser madre y cómo ello influye en la representación de la identidad femenina, es cambiante en función de las diferentes etapas históricas en las que nos situemos, de modo que las tradiciones también contribuyen a lo que consideramos válido en un momento dado. A toda esta complejidad del proceso, se suma que los significados de madre y mujer no son ajenos el uno al otro y muchas veces se han visto entrecruzados (Abajo-Llama et al., 2016). Es decir, a la condición de ser madre y su interpretación, se le han concedido ciertos hitos relacionados con lo que significa el ser mujer y la respectiva carga histórica que esta conlleva, puesto que la mujer ha sido el sexo desvalorizado y se ha visto envuelta en una constante lucha por defender su propio valor.

Por lo anteriormente expuesto y desde las últimas décadas, la idea de la maternidad se entiende como construcción social que lucha contra la creencia de que esta es la función natural de cualquier mujer. Ya no es interpretado como un estado estático y fijo, sino como el conjunto de comportamientos y de ideales que son contextuales y, por tanto, variables (Jeremiah, 2006). En 1988, Birns y Hay exponían que el orden social y cómo nuestra sociedad está organizada a nivel económico, jerárquico o cultural, también afecta a las teorías e ideologías relacionadas con la maternidad, además de las experiencias individuales de cada mujer y cómo ellas viven su maternidad. Es decir, para que podamos entender la maternidad en su totalidad y cómo es vivida diferencialmente por las mujeres, debemos tener en cuenta el ámbito económico, social o psicológico en el que viven ellas y sus hijos. Por ejemplo, no podemos hablar de la misma maternidad cuándo nos referimos a una adolescente que aún sigue escolarizada y ha sido madre sin haberlo planeado, que de una mujer casada, con trabajo estable y otros tres hijos más.

En definitiva, la maternidad es un fenómeno de estudio que puede ser entendido por una perspectiva cultural y evolutiva de la psicología, como proceso que transcurre con el tiempo y sufre de ciertos cambios. A medida que los roles culturales y los patrones sociales se van transformando, van apareciendo nuevas definiciones de maternidad. Desde el siglo pasado, la maternidad ya no supone una obligación para las mujeres. Sin embargo, este cambio es el resultado de una transformación y evolución histórica no exenta de incertidumbres. Hoy en día la maternidad está dotada de ciertos significados, pero dentro de unos años, quién sabe a lo que puede estar sujeta (Molina, 2006).

UN ENFOQUE DE GÉNERO: LA BASE DE LA MATERNIDAD INTENSIVA

4.1 Los mandatos sociales de la maternidad basados en una sociedad patriarcal, ¿qué significa ser una buena madre?

El concepto de maternidad ha sido definido por varios autores a lo largo de los años de distinto modo y desde distintos campos de la psicología. La mayoría de autores coinciden en que se trata de una construcción cultural influenciada por mandatos de género, aunque lo cierto es que esta idea de la maternidad es algo muy reciente y contemporáneo, ya que la perspectiva de género ha sido suprimida y no tomada en cuenta durante muchos años a la hora de estudiar este fenómeno.

El género consiste en el conjunto de normas sociales que determinan en nuestra sociedad y tiempo lo que significa ser mujer u hombre. Es por ello por lo que la maternidad tiene grandes efectos en las mujeres, como decidir ser madre sin plantearse antes el porqué de esa decisión o, una vez habiendo tomado la decisión, vivir situaciones dolorosas y conflictivas resultado de experiencias tan intensas como el embarazo, el parto o la crianza sin saber cómo enfrentarse a ellas. Comprender la maternidad como una cuestión de género es fundamental, puesto que, de no ser así, nos enfrentamos a la dificultad de establecer políticas públicas en el ámbito de la salud, de lo laboral o de los derechos reproductivos que sean efectivas para la atención de las mujeres y los niños (Verea, 2004).

La psicóloga feminista Victoria Sau (1995) defiende que el contrato social a través del cual definimos lo que está bien y lo que está mal debe ser revisado para incluir los intereses de las mujeres. Ella argumenta que ese contrato se plantea desde una visión androcéntrica (donde el varón ocupa una posición central dentro de la cultura, las sociedades y la historia) y que, por tanto, la reproducción humana también depende del colectivo masculino si bien les concierne a las mujeres de forma específica. Así pues: “en la medida que las mujeres no toman decisiones de carácter social sobre todos los asuntos, pero muy específicamente sobre aquellos en los que están como individuos íntimamente involucrados como es el caso de la maternidad, no son seres sociales sino rebaño humano que no ha superado el estado de naturaleza” (p.178). De esta forma, la maternidad y todo el proceso de construcción de su significado, está sujeta a ciertos mandatos en relación con su ejercicio, es decir, está sujeta a ciertas normas sociales que sustentan el ideal materno.

En base a esto, se puede concluir que ser madre es todo menos fácil, y es que no sólo deben responder a las exigencias maternas, sino que debido a las creencias culturalmente establecidas en nuestra sociedad, también se deben encargar de las cuestiones del hogar, las exigencias profesionales, cuidar su imagen de forma que se ajusten a los estándares idealizados de belleza... La mujer ya no solo es madre, sino que es una “súper mujer”. Así, se empieza a desarrollar la creencia de que las madres pueden con todo y más y que, en el caso de no ser así, dejarían de ser “buenas madres”. Cuando se habla de “buena” o “mala” madre, también se hace referencia a aquellos significados culturales que constituyen los propios de la maternidad. ¿Qué es lo que está mal visto por la sociedad? Una “mala madre” se caracteriza por la ausencia de atributos que están presentes en una “buena madre”, como por ejemplo la falta de cuidado de sus hijos, dar prioridad al propio placer, tener un estilo de vida no

saludable como fumar o beber, ser egoísta... (Woodward, 2003). Además, se espera de una buena madre que posea una sensibilidad especial, que pueda proporcionar cariño y desarrolle con sus hijos una relación profunda (Beets et al., 2011). García (2002), analizó los datos obtenidos a través de las respuestas que dieron 2.000 sujetos universitarios de ambos géneros entre 18 y 30 años a la pregunta sobre lo que sería para ellos una madre ideal. En lo que coincidieron todos ellos es que una madre ideal debía poseer los siguientes atributos: cariñosa, comprensiva, paciente, empática, responsable, tolerante e independiente, entre otros.

Verea (2004) habla también del concepto de “malas madres” en contraposición al concepto de “buena madre”. Expone que ambas representaciones se refieren únicamente a mujeres y no a personas, reafirmando la idea de que la función materna es responsabilidad de las mujeres. Manifiesta, además, que los dos conceptos son dos caras de la misma moneda, contruidos por estereotipos de género y mandatos sociales que definen lo que se espera de las mujeres por ser la maternidad, parte de su naturaleza. Defiende que todo lo que sabemos sobre el fenómeno de la maternidad, son saberes puramente ideológicos y que: “han participado en la legitimación y la naturalización de un sistema de género sexista e inequitativo con efectos sociales negativos” (p. 17). Afirma que la maternidad no suele ser el resultado de un proceso de autodeterminación consciente ni subjetivo de cada mujer, sino que se trata, no solo de un hecho cultural, sino también, de una cuestión de género.

Por último, aquellas mujeres que por elección individual deciden no tener hijos, rompen de alguna manera con los mandatos de género establecidos en la sociedad; es decir, son las transgresoras de un patrón cultural. Estas mujeres se ven expuestas a numerosas presiones sociales por seguir la vía materna y convertirse en madres. González (2005) llevó a cabo una investigación sobre la experiencia de varias mujeres que por elección propia decidieron no ser madres. Realizó algunas entrevistas con estas mujeres y en sus testimonios exponen algunas presiones sociales que ellas mismas experimentaron por haber elegido no tener hijos. A través del lenguaje, por ejemplo, se pone de manifiesto el descontento de la sociedad. Comentarios como que en un futuro se van a arrepentir, que si no tienen niños es porque no les gustan, que son egoístas, feministas radicales o que cuando sean mayores no van a tener a nadie que las acompañen, suelen ser comunes hacia mujeres que deciden no ser madres. Por tanto, si la maternidad se tratase únicamente de una vocación instintiva y natural, la sociedad

no ejercería estos mecanismos de presión sobre las mujeres que rompen con los estereotipos y mandatos de género de lo que supone el ideal de feminidad.

4.2 ¿Qué es la maternidad intensiva y de dónde viene? ¿Forma la maternidad parte de la identidad de toda mujer?

A partir de lo que se considera socialmente ser buena madre, surge el modelo tradicional de la maternidad, también llamado “maternidad intensiva”. Este modelo define a la madre como aquella que dedica todo su tiempo no sólo a las necesidades de los infantes, sino también a las de la familia. La dedicación de estas madres es íntegra y estaría ligada a la idea de que es la mujer la que mejor puede hacerse cargo del cuidado de sus hijos (Solé y Parella, 2004).

Hays, es la primera autora en hablar de la maternidad intensiva en 1998. El concepto viene precedido al de la “maternidad exclusiva”, la cual defiende la idea de que son las mujeres las que deben ocuparse de la crianza de los hijos, siendo esta irremplazable en sus cuidados. La crianza se convierte en una tarea exclusiva para las mujeres y por tanto, el hombre y padre de los hijos, en una figura no tan relevante. De esta forma surge la maternidad intensiva, puesto que al ser la madre alguien irremplazable, su compromiso con los niños debe ser primordial y su dedicación a ellos debe ser total. En este modelo de maternidad, la mujer asume toda la responsabilidad ya que, por su condición biológica, poseen ciertas habilidades que solo ellas tienen. Esto, a su vez, conlleva la renuncia de determinadas aspiraciones personales o relaciones sociales, ya que supondría alejarse de lo que se considera ser una “buena madre” (Hays, 1998).

Por otro lado, no todas las madres encajan en el estándar ideal de madre que defiende la maternidad intensiva. La madre ideal sería aquella que pertenece a una clase media y que disponga de recursos económicos suficientes para proporcionarle a los hijos todo lo que necesitan, que además sea de raza blanca, heterosexual y casada, de una edad apropiada y con capacidad para reproducirse (O’Brien & Hallstein, 2017).

Con el tiempo, la maternidad intensiva poco a poco se fue generalizando hasta convertirse en el estándar que se debía tener en cuanto al cuidado de los infantes, pero como se ha mencionado, no todas las maternidades intensivas son iguales. Ser una buena madre según esta corriente supone proteger y proporcionar aquello que es mejor para los niños, siendo

necesaria la disposición de recursos económicos y sociales. Es por ello que, en un estudio realizado por Elliot et al. (2015) en el que se entrevistó a 16 madres solteras, de raza negra y con bajos ingresos económicos, se expuso la dificultad que estas tenían a la hora de demostrar al mundo exterior que eran buenas madres por enfrentarse constantemente a numerosas barreras estructurales. De esta forma, existen desigualdades y contradicciones en el ideal de maternidad intensiva, puesto que los esfuerzos de las mujeres con menos recursos por cuidar y proporcionar a sus hijos lo que necesitan, no son reconocidos frente a las mujeres que pueden permitirse apuntar a sus hijos a clases de música o tener tutorías privadas, por ejemplo. Esto no quiere decir que sean mejores o peores madres, sino que su ejercicio de la maternidad, entendida esta como intensiva, se centra en proteger a sus hijos de otros asuntos, como del racismo, de las adicciones, del encarcelamiento o de la pobreza.

Además, en esta diferencia de roles, también nos encontramos con las madres que realizan trabajos remunerados fuera del hogar y que, por el tiempo que ocupa su trabajo, tienen dificultades para conciliar su vida familiar y profesional (Menéndez & García, 2011). Sin embargo, investigaciones como las de Hill et al. (2004), ponen de manifiesto que la satisfacción personal es mayor en las mujeres que trabajan fuera de casa, puesto que su identidad profesional se ve preservada y disfrutan más del tiempo libre que tienen con sus hijos, aunque con frecuencia también se sienten sobrecargadas por el trabajo que requiere la vida familiar. Dicho esto, recordemos que una buena madre según las expectativas que sostiene la maternidad intensiva, debe disponer de una considerable cantidad de dinero para cubrir las necesidades de sus hijos, pero también de tiempo, apoyo emocional y energía. La sociedad espera de ellas su disponibilidad y presencia en la vida de sus hijos, pero con frecuencia se asocia la idea de que una madre trabajadora supone, en la infancia de sus hijos, una figura de abandono. Este abandono es contrario a lo que la maternidad intensiva defiende, y es por ello que las mujeres que son madres y tienen trabajos remunerados con frecuencia experimentan culpa, puesto que sus conductas no responden al modelo ideal de lo que debe ser una buena madre (Menéndez & García, 2011).

Sobre ello, se han realizado numerosas investigaciones. Una muy reciente es la llevada a cabo por Cummins y Brannon (2022), los cuales seleccionaron a un grupo de madres de Estados Unidos a las que entrevistaron antes y durante los primeros meses de la pandemia mundial a causa del COVID-19. En este estudio se les preguntó por su visión sobre sus maternidades y cómo creían que lo hacían como madres antes y después de la alarma sanitaria. Sus

percepciones de la buena crianza estaban condicionadas por el discurso cultural de la maternidad intensiva y cómo su ejercicio se ha visto afectada por la pandemia. Se descubrió que esta hizo que la culpa y las presiones de género aumentasen. Además, aunque muchas parejas sí perciben una igualdad a la hora de llevar a cabo las tareas domésticas, las mujeres suelen cargar con una mayor responsabilidad y los hombres son menos proactivos a realizarlas. A causa de ello, también las mujeres durante la pandemia redujeron sus horas de trabajo de forma que pudiesen cumplir con las tareas domésticas y familiares (Collins et al., 2021). De esta forma, las madres intentaron conciliar su vida laboral y familiar con una mayor dificultad, puesto que al asumir una mayor responsabilidad en el hogar y ajustarse al ideal de una buena madre, luchaban también por responder a lo que significaba ser una buena trabajadora (Whiley et al., 2021).

Cuando la mujer es madre, se sugiere que sus prioridades cambian y que aquellas funciones que están relacionadas con la maternidad se vuelven preferentes ante otras necesidades, renunciando a muchos aspectos de su vida durante al menos los primeros meses en los que el niño depende de manera completa de su figura de apego. Este pensamiento expone que cuando la mujer se convierte en madre, su estilo de vida cambia notoriamente, incluyendo el afrontamiento de aquellos cambios físicos y fisiológicos sufridos durante el embarazo y posterior a ello (Londoño et al., 2016). Respecto a este planteamiento, Winnicott (1956) expone que esta preocupación maternal primaria poco a poco va evolucionando a que la mujer recupere su estilo de vida anterior y vuelva a ocuparse de sus propias necesidades, ya que una mujer “sana” reconocería cuándo debe dejar de lado ese estado similar a una disociación. Sin embargo, las creencias culturales han expuesto a la mujer a la necesidad de aferrarse de tal manera a su rol de madre que esa preocupación materna acaba ampliándose a todos los momentos del desarrollo evolutivo de sus hijos (infancia, adolescencia y adultez). Así, las madres se encuentran en una posición en la que deben priorizar y poner por delante, sin la posibilidad de cuestionamiento, las necesidades y demandas de los hijos antes que las propias. En el caso de no ser así, serían categorizadas como “no lo suficientemente buenas” (Londoño et al., 2016).

Por otro lado, según esta creencia de que las madres deben priorizar las necesidades y demanda de los hijos antes que las propias, Hays (1998), cuando acuña el término de maternidad intensiva, señala también su relación con la crianza desinteresada. Este modelo de

crianza define a la madre como un sujeto altruista que únicamente busca el bienestar del niño, siendo las conductas de cuidado parte de la naturaleza de toda mujer. Es por ello que la maternidad se ha definido en muchas ocasiones como una realidad sujeta a supuestos asociados a una identidad dada por sentada y siendo, por tanto, lo “natural”. Sin embargo, esta idea ha sido sometida a varias críticas que han puesto en duda aquellos significados que construyen la idea de ser madre. Ennis (2014), por ejemplo, se pregunta: ¿Cuál es el motivo que hay detrás de la maternidad intensiva?, ¿por qué razón las madres sacrificarían todo por sus hijos?, ¿esperan las madres que sus hijos sean dependientes de ellas?, ¿es esa dependencia una extensión de la maternidad intensiva?...

Muchas de las críticas a la maternidad intensiva y a la maternidad entendida como finalidad de toda mujer, sostienen la idea de que ser madre puede formar parte de la identidad femenina, pero siendo esta identidad cambiante, puesto que implica significados particulares dependiendo de la mujer, además del momento vital y lugar en el que se encuentre (Woodward, 2003). Por tanto, no tendría sentido obviar que la maternidad forma parte de la construcción de la identidad de la mujer, pero no es un componente único e inamovible, ya que puede identificarse con otros muchos aspectos de su vida y llegar a sentirse igualmente realizada. Como bien expone Londoño et al. (2016) en uno de sus ensayos, aunque el ser madre ya supone de por sí una connotación en la sociedad de realización, se debe tener en cuenta y reconocer que la maternidad no es el único eje que da sentido a la identidad de la mujer, sino que está definida por diferentes significados que construyen la expresión de su “ser”.

Aún con ello, ser mujer forma parte de una identidad y ser madre también, por tanto, cuando una mujer es madre, estas dos identidades se asocian. Ahora bien, podríamos pensar que esa asociación es positiva y, sin embargo, numerosas investigaciones demuestran que existe una contradicción en lo que se refiere a la maternidad y las identidades feministas (Rittenour & Colaner, 2012). Más concretamente en una investigación realizada por McMahon (1995), se descubrió que en algunos casos, cuando la mujer se convierte en madre, se refuerza sus identidades ligadas al género y se potencia su compromiso con ciertos comportamientos y prácticas asociadas al género que, en opinión de McMahon, en vez de combatir el sexismo, crea una tendencia a apoyarlo.

Además, el imaginario social de la maternidad cobra un papel fundamental, puesto que llega a tener un poder reductor, de forma que los deseos de las mujeres son reducidos en uno solo: el de tener hijos, cuidarlos y educarlos. Así, la maternidad se convierte en todas y cada una de las mujeres, en una identidad homogénea, entrelazándose los significados de mujer y madre (Cuesta, 2008). Cuando el modelo de la maternidad intensiva señala la maternidad como un elemento clave en la identidad de la mujer, defiende que esta ya no solo se identifica como mujer, sino también como madre. Esta identidad de madre ya comenzaría a elaborarse durante el embarazo, en el cual las mujeres comienzan a definir quiénes quieren ser y qué significado quieren darle a su maternidad. Todo ello es reforzado por la sociedad, la cual también exige al género femenino que consideren esta maternidad como factor principal de su identidad. A esto, Faircloth (2009) lo llama “maternidad como trabajo identitario”. Así, la identidad de las madres intensivas se desarrolla a través del cuidado infantil, el cual pasa a ser una vía de autoafirmación y afirmación de esa identidad. Se convierten por tanto en actores sociales debido a su compromiso total con la maternidad (Paltineau, 2012). Lo cierto es que sí, como se ha ido exponiendo a lo largo de este trabajo, dar a luz es una condición biológica única e intransferible de la mujer, sin embargo, es algo cultural y social convertirlo en su papel principal (Verea, 2004).

FEMINISMO Y EVOLUCIÓN DE LA MATERNIDAD INTENSIVA

5.1 Influencia del feminismo en el concepto de maternidad

Uno de los objetivos del feminismo es poder analizar de manera crítica cómo se han ido construyendo los diversos discursos sociales en relación a las mujeres, además de los efectos que estos han tenido a lo largo de los años. Entre los numerosos discursos sociales también están presentes aquellos relacionados con la maternidad. Por tanto, se debe tener en cuenta cómo las distintas posturas teóricas feministas han influido y lo siguen haciendo hoy en día en el concepto de la maternidad (Cuesta, 2008).

Como ya se ha visto, la maternidad y su ejercicio está sujeta a ciertos mandatos sociales basados en creencias que se han ido forjando en la sociedad a lo largo de los años. El feminismo ha contribuido a cuestionar estos mandatos y discursos sociales sobre la maternidad y todo lo que ello supone para las mujeres con la finalidad de generar cambios sociales y políticos dirigidos a la igualdad de género. Cada vez se encuentran un mayor

número de estudios feministas sobre la maternidad, pero los primeros estuvieron marcados por una necesidad tanto intelectual como sociocultural de lograr una ruptura en la idea tradicional que estaba ligada al ámbito de la familia nuclear. Esta idea de familia nuclear se remonta al siglo XVIII con la Revolución Industrial, en la que el dominio exclusivo de la mujer era el ámbito privado de la familia. Era en el hogar dónde ejercía las tareas propias del rol femenino calificadas como tareas naturales de la mujer, lo que dificultaba que la maternidad fuese considerada como un poder autónomo y emancipador ya que, al fin y al cabo, esas tareas estaban sujetas a un discurso patriarcal de lo que debían ser los deseos y las aspiraciones femeninas (Cuesta, 2008).

Benítez (2016) llevó a cabo un estudio en el que diversas mujeres compartieron su experiencia individual como madres y una de las preguntas que tuvo presente en todo momento fue si la experiencia de la maternidad es la misma entre una mujer feminista que para otra que no se considera como tal. Llegó a la conclusión que ser madre y feminista supone no dar un significado único a la maternidad, es decir, supone desdibujar el mito de mujer-madre en el que una mujer sólo existe cuando esta es madre. Esto no es sinónimo de negar la maternidad, sino de darles significados diversos y diferenciar las distintas experiencias maternas. Una de las estrategias para llevar esto a cabo es permitirse ser madres imperfectas o “malas madres”, siendo conscientes de las consecuencias que ello supone en la sociedad. Por tanto, el feminismo implica una deconstrucción de los discursos y patrones sociales y culturales que sostienen un sistema de poder sobre las mujeres que son madres.

También Rittenour y Colaner (2012) realizaron un estudio en el que entrevistaron a varias mujeres estadounidenses haciendo hincapié en lo que ellos llamaron dos de las principales identidades morales de las mujeres; su identidad como madres y su identidad como feministas. En base a ello, preguntaron cómo se sentían con ellas mismas y sus vidas. Encontraron que muchas de ellas, que se identificaban también como feministas, presentaban mayor satisfacción personal y vital.

El feminismo y su abordaje de la maternidad surgió a partir de la segunda mitad del siglo XX, cuando las corrientes feministas empezaron a cuestionar ciertos fenómenos sociales y las críticas produjeron una ruptura en las categorías patriarcales y normalizadoras que caracterizaban los estudios de la familia durante la modernidad. El feminismo puso el foco fundamentalmente en la desnaturalización de la maternidad, refutando la creencia de esta

como “destino natural”, diferenciando el hecho biológico de la procreación y la institución social en la que se desarrolla la maternidad (Soledad, 2013).

Simone de Beauvoir (1970) fue una de las primeras feministas que señaló la maternidad como una prisión para las mujeres. Su crítica va dirigida al entorno y define la maternidad como una realidad forzada, siendo el único destino para las mujeres. Afirmó que las desigualdades existentes entre los hombres y las mujeres son las que generan expectativas sobre la crianza, las cuales se acaban apropiando de las experiencias femeninas y su capacidad reproductora, definiendo a su vez cómo debería ser la madre de una familia heteronormativa. En una entrevista señala que si se cambiase el concepto de la maternidad y se desmintiera la idea del instinto maternal y de la vocación femenina por ser madres, se producirá una transformación en la sociedad, ya que es esa vocación y creencias las que producen que las mujeres sean esclavas del hogar, de los maridos e incluso de los hijos. Al referirse a la destrucción del concepto de la maternidad, no se refiere a la maternidad en sí, sino a todos aquellos mitos que desde hace años la envuelven (Beauvoir, 1979). Ya en 1970 apostaba por una idea de la maternidad alejada de las creencias de la civilización occidental de ese momento, a través de las cuales la mujer era arrastrada a un sistema patriarcal.

Otra de las primeras feministas en intentar desmontar la idea de maternidad sujeta a un discurso patriarcal, fue Nancy Chodorow (1984), socióloga y psicoanalista que señaló el ejercicio de la maternidad como el ejemplo principal de la división sexual del trabajo. La sociedad era la que distribuía el trabajo entre mujeres y hombres según los roles de género que eran considerados convenientes para cada sexo. La autora defiende que se trata de este proceso cultural el que históricamente ha asignado un papel de cuidadora a las mujeres, cuyo ejercicio es limitado a la esfera doméstica.

Por último, Adrienne Rich (1976), autora feminista que defiende la maternidad como una opción y no una obligación, expone que la maternidad no tiene por qué ser el destino de toda mujer, sino que es una opción libre, a pesar de que la creencia social fuese que: “la madre como mujer, es benéfica, sagrada, pura, asexual, y nutricia, y la potencialidad física de la maternidad es su único destino y la única justificación de su vida” (p.79). La autora defiende que muchas ideas patriarcales han estado arraigadas en numerosas mujeres incluyendo las más independientes que, a primera vista, parecen ser las más “libres”.

A fin de cuentas, la maternidad debe ser definida dentro del contexto donde ésta se ha ido gestando. Si la cultura está sujeta a un orden patriarcal, la maternidad también lo estará. Algunas corrientes feministas han proclamado durante varios años que la maternidad se ha usado como herramienta del patriarcado, de forma que se llegase a tener el control del cuerpo y de la sexualidad de las mujeres (Petit, 2000). Lo que se ha intentado con ello es abolir el modelo de lo que debería ser una “buena madre”, lo que implica el instinto maternal o la identidad femenina, pero, por otro lado, también existen posturas feministas que engloban el concepto de maternidad como el empoderamiento de la mujer, siendo esta una fuente de conocimiento, poder y placer propios del género femenino (Cuesta, 2008). Ligado a esta última corriente, hay autoras que defienden la maternidad asumiendo y revalorizando la capacidad generadora del cuerpo femenino (Tubert, 1996) y, una de estas corrientes, es el ecofeminismo.

La primera autora en hablar de ecofeminismo fue Françoise d'Eaubonne (1974). Ella expone que la negación de la sociedad patriarcal a las mujeres sobre el derecho a decidir sobre su propio cuerpo y su maternidad, era la razón por la que existía la sobrepoblación del planeta. Aunque esta idea dejó de estar presente en los discursos ecofeministas posteriores, muchos de ellos continuaron resaltando la importancia del rol de madre de toda mujer, defendiendo así la naturaleza femenina y empoderando a la mujer desde la maternidad. Puleo (2011), es una de las autoras feministas que defiende el término de ecofeminismo crítico. Con este término, la autora pretende reivindicar la igualdad entre hombres y mujeres y defender aquellos fundamentos históricos que llevan a un camino de igualdad desde el pensamiento crítico. Ella critica el pensamiento ecofeminista clasista que pone énfasis en que la identidad de la mujer como madre está conectada a la tierra, puesto que esto supondría regresar a la maternidad como obligación y no como una decisión libre e individual. Es por ello que Puleo defiende la idea de que sólo promoviendo la autonomía sexual de las mujeres y su igualdad frente a los hombres, se podrá establecer y promover nuevos derechos sexuales y reproductivos.

5.2 Evolución de la maternidad intensiva: ¿Sigue siendo el modelo de maternidad intensiva el que marca el ideal materno en la actualidad?

Si bien a día de hoy la elección de ser madre es voluntaria y la mayoría de parejas posmodernas no conciben la idea de que un hijo no sea el resultado de una decisión planificada, la imagen de la maternidad y lo que ella supone es cada vez más exigente.

Cada vez más mujeres deciden ser madres sin renunciar a su carrera profesional y, aunque bien es cierto que el rol de padre también ha cambiado y evolucionado sobre lo que se consideraba el modelo de padre ausente y autoritario, las mujeres siguen asumiendo la responsabilidad de la mayoría de las tareas del hogar y aquellas relacionadas con el cuidado de los hijos. Los ideales maternos que sustentan la maternidad intensiva siguen estando presentes en la actualidad, y las mujeres se enfrentan a la presión que supone seguir los patrones que definen ser una "buena madre" dedicada al cuidado de los hijos, pero sin renunciar a una carrera profesional exitosa o al disfrute de una vida personal propia (Solé & Rubio, 2004).

La maternidad intensiva sostiene tres ideas principales: que la aportación paterna a la crianza de los hijos no es tan relevante como la materna, que los hijos son sagrados, inocentes y necesitados de amor y cuidados y, por último, que para que esos cuidados se puedan dar, es necesaria la inversión de tiempo, dinero y energía. Ahora bien, a día de hoy esto supone una contradicción cultural, ya que la sociedad al mismo tiempo que incita a las mujeres a ser ambiciosas e individualistas, les exige también la dedicación total de su tiempo, dinero y amor a sus hijos (Barbosa, 2019).

Es relevante además, observar cómo la mayoría de medios de comunicación que informan, entretienen o educan a una audiencia, parecen defender los ideales estrictos de lo que supone la maternidad intensiva. Muchos periódicos, revistas o campañas publicitarias representan la ideología de este modelo, a pesar de las innumerables formas que cada mujer tiene a la hora de ejercer la maternidad (Douglas & Michaels, 2005). Sin embargo, Feasey (2017) expone que la televisión popular puede ser un medio para desacreditar los ideales arraigados a la maternidad intensiva y desafiar las creencias sobre lo que debe ser una buena madre. El autor defiende que en la actualidad existen ficciones que luchan por mostrar a madres "suficientemente buenas". Estas madres serían aquellas que aman a sus hijos, pero que también luchan y se enfrentan a las realidades económicas, emocionales, sociales o logísticas relacionadas con el cuidado infantil.

Según Green (2015), la maternidad intensiva en nuestra época sigue siendo el estándar ideal que toda madre debería seguir, a pesar de las contradicciones culturales y nuevas prácticas de crianza que nos podemos encontrar. La maternidad intensiva ha sido durante muchos años y

sigue siendo ese estándar en base al cual evaluamos lo que debe ser una buena madre. Lo cierto es que muchas madres no pueden cumplir los dictados impuestos por la maternidad intensiva ya que, para ello, se necesitan una gran cantidad de recursos que muchas madres no tienen. Al fin y al cabo este modelo también debe ajustarse a la vida de hoy y, sin apoyos institucionales o políticas públicas que faciliten a las madres la posibilidad de pasar más tiempo en familia, sus empleos imposibilitarían que puedan cumplir con los ideales de la maternidad intensiva y se traducirá en un aumento de culpa (Collins, 2021).

Así pues, durante muchos años se ha tratado de homogeneizar las experiencias maternas invisibilizando la diversidad de modos de maternajes y convirtiéndolo en un elemento aglutinador entre las mujeres. Sin embargo, con el paso del tiempo, numerosas corrientes feministas han luchado por construir nuevas narrativas, cuestionando el rol materno que se ha ido gestando históricamente y que ha estado íntimamente ligado con la maternidad intensiva (Neyer & Bernardi, 2011). Esta lucha ha dado sus frutos y, aunque los cambios son lentos, es cierto que a día de hoy nos encontramos con nuevas expresiones de la maternidad que durante muchos años han sido negadas por la sociedad.

5.3 Otras perspectivas de la maternidad: Sus nuevas expresiones

Las llamadas “nuevas” u “otras” maternidades son aquellas que dan una mirada nueva y exponen ciertas críticas a la maternidad normativa e intensiva, además de configurar nuevos roles y modelos que se distancian de lo que podemos denominar familia tradicional o de referencia. La maternidad monoparental es una de ellas; en la que la mujer decide emprender un camino como madre sin una figura masculina a su lado, de forma que se cuestiona la institución del matrimonio y la estructura de las familias biparentales a las que estamos acostumbrados (Larrambere, 2020). Otras nuevas expresiones de la maternidad son, por ejemplo, la maternidad adolescente, la maternidad tardía o también llamada “madre madura” (Pujana, 2014), la maternidad subrogada, la maternidad en procesos de adopción o la maternidad queer¹. Esta última es una de las que más se ha puesto en debate recientemente y la autora Laura Mamo’s (2007) en uno de sus libros lleva a cabo un análisis de diferentes prácticas reproductivas con el objetivo de exponer nuevas tecnologías que permitan poner en duda y reformular algunos conceptos asociados a la parentalidad y heteronormatividad.

¹ Término utilizado para hacer referencia a aquellas personas que no se definen o identifican con un sexo o género determinado.

Estas son algunas de las nuevas expresiones de la maternidad las cuales representan una minoría, sin embargo, existe una gran lucha frente a la maternidad intensiva muy presente en la sociedad actual y se trata de la lucha por una maternidad igualitaria. Esta perspectiva de la maternidad defiende una responsabilidad igualitaria en el cuidado y educación de los hijos. Sin embargo, esta decisión de parentalidad no es automática en la sociedad, ya que muchas de las decisiones asociadas a la maternidad están determinadas por una sociedad que refuerza el mensaje de que las mujeres y los hombres no tienen el mismo papel frente a sus hijos. Es por ello que, las parejas que practican la crianza igualitaria, deben resistir numerosas presiones sociales y culturales (Deutsch, 2001). Además, supone romper también con las relaciones de género tradicionales en una familia y debe implicar cambios en el sistema tanto a nivel micro como macro. Kimmel (2005) defiende que a nivel micro por ejemplo, los padres deben tener la voluntad de querer hacer más, las madres deben permitirlo y, a su vez, a nivel macro, es necesaria la existencia y efectividad de una política familiar y red de apoyo social que apoye esta igualdad.

Lo cierto es que existen numerosas dificultades en la implementación de la crianza igualitaria. Tras un estudio realizado por Dzwonskowska-Godula y Brzezinska (2012) en el que entrevistaron a padres y madres sobre la paternidad y maternidad, descubrieron que una de las barreras más destacadas suele ser la carrera profesional absorbente de uno de los progenitores. La dificultad de los padres por crear una relación emocional con los hijos fue una de las creencias limitantes que también estaban presentes, pues defendían el “vínculo natural” entre madre e hijo. Además, también destacaron la convicción existente de que la participación en el cuidado de los hijos por parte de los padres estaba igualmente limitado por la actitud de la madre.

En relación también con las dificultades en la corresponsabilidad parental que genera el ideal de maternidad intensiva, en el estudio anteriormente mencionado realizado por Cummins y Brannon (2022) en el que se entrevistaron a varias mujeres antes y durante la COVID-19, los autores descubrieron a través de las respuestas de las participantes que los ideales de maternidad intensiva podrían estar cambiando. Algunas mujeres, en la actualidad, con sus prácticas maternas intentan desafiar los mitos asociados a la maternidad intensiva. Los discursos de las participantes reflejaron que el significado de una buena maternidad depende también de cada individuo y no sólo de los ideales que sustentan la maternidad intensiva. Sin embargo, las similitudes en sus respuestas estaban basadas en un mismo discurso normativo

fundamentado en la práctica asociada al ejemplar materno, ante el cual muchas de las madres se resistían, pero sin poder esquivar la culpa y vergüenza por no estar a la altura de las exigencias que se presentaron durante la pandemia. Estos autores llegaron a la conclusión que lo que define una buena maternidad, ya sea intensiva o no, es, sobre todo, el poder cubrir las necesidades básicas de los hijos y encontrar un equilibrio en sus vidas. También concluyen que si se comprende y poco a poco se incorpora en la sociedad nuevas técnicas de crianza basadas en una equidad parental en el ámbito del cuidado de los hijos, se podría evolucionar hacia expectativas más inclusivas en términos de género, derribando el sistema de creencias de la maternidad intensiva que llega a perjudicar a varias familias.

Con todo, estas nuevas expresiones de la maternidad suponen un proceso de redefinición de roles y de las relaciones familiares tradicionales que no todas las mujeres discuten. Es decir, si bien la maternidad es un concepto que cada vez es cuestionado con mayor frecuencia, la institución familiar no lo es tanto. El modelo tradicional de familia nuclear es el modelo de referencia en nuestra sociedad y para que realmente se ponga en duda y se reflexione sobre el ejercicio de la maternidad, es necesario que esta sea concebida dentro del ámbito familiar (Pujana, 2014).

Las prácticas de crianza y los roles que adoptan los padres, también varían según las políticas establecidas en cada país, lo que hace que se establezca una diferencia entre las diversas experiencias sobre la maternidad en las mujeres. Por ejemplo, en muchos países europeos, están establecidas ciertas políticas gubernamentales en relación a la licencia laboral y regreso al trabajo después de tener un hijo que facilitan la participación en la crianza de estos. Lo que es evidente es la necesidad de futuras investigaciones sobre el fenómeno de la maternidad desde diferentes perspectivas complementarias. El enfoque interdisciplinario es fundamental para una mejor comprensión de lo que es la maternidad y lo que ello implica. Diversos profesionales como psicólogos del desarrollo, sociólogos, médicos o antropólogos, pueden trabajar en equipo para contribuir en las investigaciones e intervenciones sobre el fenómeno y actores relacionados con la maternidad, con el objetivo de lograr resultados positivos en los diferentes sistemas familiares, desarrollo infantil y bienestar de las propias madres (Spitzmueller & Matthews, 2016).

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

Tras analizar el fenómeno de la maternidad, no cabe duda que se trata de un fenómeno complejo, sujeto a gran debate y analizado desde diferentes campos y perspectivas. Esta diversidad se debe, en cierta forma, a que cada mujer tiene una experiencia única y no todas viven su maternidad igual, aunque esté sujeta a ciertas expectativas culturales según la época.

Este trabajo de fin de grado se ha centrado en el modelo de maternidad intensiva, uno de los modelos más reconocidos y aceptados por la sociedad, tanto pasada como actual. El modelo exige una implicación y total dedicación de la madre en el cuidado y crianza de los hijos. Sin duda esa sobreimplicación y dedicación supone una carga excesiva para la mujer, que puede dar lugar a efectos tanto físicos, como psicológicos o incluso económicos, ya que este tipo de crianza requiere además de tiempo, una gran cantidad de recursos y bienes económicos para hacer frente a las posibles necesidades de los infantes. Debido a ello, no todas las madres encajan en el ideal materno que supone la maternidad intensiva. Ahora bien, la pregunta que nos podemos hacer ante esto es: ¿es deseable encajar en ese rol materno que exige la maternidad intensiva?

Lo cierto es que, a pesar de que el modelo de maternidad intensiva supone una concepción de la maternidad como “perfecta” e “ininterrumpida” y genera una enorme presión social sobre las mujeres para que cumplan con todos los estándares impuestos, muchas de ellas no desean encajar en ese rol. Algunas deciden voluntariamente que no quieren dedicarse exclusivamente a su maternidad, sino que tienen otros deseos, logros profesionales o ambiciones personales que quieren cumplir. Estas madres pueden buscar una maternidad más flexible y equilibrada con otras facetas de su vida, de forma que no sean solo madres. Pueden desempeñar roles diferentes en la crianza de los hijos y cada vez con más frecuencia se busca una mayor participación de la figura paterna, con el objetivo de conseguir una maternidad más igualitaria.

Sin embargo, esto no es sencillo, ya que los mandatos de género establecidos por la sociedad y cultura también influyen en el rol que cada madre desea adquirir. Es decir, esos mandatos de género afectan a todas las mujeres y, por tanto, afecta también al fenómeno de la maternidad. Se acaban convirtiendo incluso en reglas que determinan lo que debería ser una

“buena madre” y, si no se cumplen, con frecuencia se verán juzgadas, criticadas y presionadas.

Sin embargo, cada vez más mujeres luchan por sus derechos, por una igualdad y por un reconocimiento en la sociedad. Esta lucha ha conseguido que nuevos roles de la maternidad hayan emergido, consolidándose con los años y ajustándose a las características de las sociedades modernas. Estas nuevas expresiones y roles contribuyen también a una mayor igualdad de género y a una redefinición de las relaciones sociales y familiares.

En mi opinión, en vez de imponer un modelo único de maternidad, es necesario promover una cultura de apoyo a todas las familias y mujeres en su maternidad, para que se pueda fomentar una mayor flexibilidad en los roles de género en la crianza de los hijos. Si nos centramos en un solo modelo y es el único que damos como “válido”, aumentarán las presiones sociales sobre las madres y tendrá efectos negativos y consecuencias psicológicas a nivel individual y por tanto, también a nivel familiar, puesto que la estructura familiar y las interacciones entre los diferentes miembros que componen la familia, funcionan como un todo y son fundamentales a la hora de entender y abordar aquellos problemas que se puedan presentar. Por ejemplo, desde el enfoque de Salvador Minuchin (1981), cada familia presenta una estructura única que define los roles y las reglas de interacción entre los distintos miembros, y si esta estructura se vuelve rígida o desequilibrada, pueden aparecer conflictos, problemas emocionales y otras dificultades familiares. A mi parecer, ocurre esto mismo cuando nos centramos en un modelo único de la maternidad, en el que la madre es la figura que asume todas las responsabilidades en cuanto al cuidado, educación y crianza de los hijos. De esta forma, la madre podrá verse sobrecargada y esta rigidez de roles puede desencadenar conflictos personales y familiares.

En definitiva, es relevante valorar la diversidad de experiencias y toma de decisiones en torno a la maternidad. Encajar en el rol materno de la maternidad intensiva puede ser deseable para algunas mujeres, pero no para todas. Por tanto, lo ideal sería promover una cultura que valore y apoye a las mujeres y a las familias en la toma de decisiones dispares en torno a la crianza de los hijos.

BIBLIOGRAFÍA

- Abajo-Llama, S., Bermant, C., Cuadrada-Majó, C., Galaman, C., & Soto-Bermant, L. (2016). Ser madre hoy: abordaje multidisciplinar de la maternidad desde una perspectiva de género. *MUSAS. Revista de Investigación en Mujer, Salud y Sociedad*, 1(2), 20-34.
- Arendell, T. (2000). Conceiving and investigating motherhood: The decade's scholarship. *Journal of Marriage and the Family*, 62, 1192–1207.
- Barbosa, M. V. (2019). Relatos sobre maternidad, reproducción y crianza en la era post-televisión. *Investigaciones Feministas*, 10(2), 281-294.
- Beauvoir, S. D. (1970). El segundo sexo, 2 vols. *Buenos Aires: Siglo XXI*.
- Beets, G., Schippers, J., & Te Velde, E. R. (2011). *The future of motherhood in Western Societies. Late fertility and its consequences*. Springer, London.
- Benítez, N. S. (2016). La experiencia de la maternidad en mujeres feministas. *Nómadas, Critical Journal of Social and Juridical Sciences* (44), 255-267.
- Birns, B., & Hay, D. F. (1988). *Different Faces Of Motherhood*. New York, London: Plenum Press.
- García, A. I. B. (2002). *El descenso de la fecundidad en España y el ideal de la maternidad intensiva*. Universidad de León, Secretariado de Publicaciones y Medios Audiovisuales.
- Chandler, M. (1998). Emancipated subjectivities and the subjugation of mothering practices. *Redefining motherhood: Changing identities and patterns*, 270-86.
- Chodorow, N. (1984). *El ejercicio de la maternidad. Psicoanálisis y sociología de la maternidad y paternidad en la crianza de los hijos*. Barcelona, Gedisa
- Collins, C. (2021). Is maternal guilt a cross-national experience?. *Qualitative Sociology*, 44(1), 1-29
- Collins, C., Landivar, L. C., Ruppanner, L., & Scarborough, W. J. (2021). COVID-19 and the gender gap in work hours. *Gender, Work & Organization*, 28, 101-112.

- Cowdery, R. S., & Knudson-Martin, C. (2005). The construction of motherhood: Tasks, relational connection, and gender equality. *Family relations*, 54(3), 335-345.
- Cuesta, L. S. (2008). Propuestas teóricas feministas en relación al concepto de maternidad. *Clepsydra. Revista Internacional de Estudios de Género y Teoría Feminista*, 7, 169-183.
- Cummins, M. W., & Brannon, G. E. (2022). Mothering in a pandemic: navigating care work, intensive motherhood, and COVID-19. *Gender issues*, 39(2), 123-141.
- D'Eaubonne, F. (1974). *Le féminisme ou la mort*. Francia: Pierre Horay Éditeur.
- Deutsch, F. M. (2001). Equally shared parenting. *Current directions in psychological science*, 10(1), 25-28.
- Douglas, D., & Michaels, M. (2004). *The mommy myth: the idealization of motherhood and how it has undermined all women*. New York, NY: Free Press.
- Badinter, E. (1980). *L'amour en plus. Histoire de l'amour maternel (XVIIe – XXe siècle)*. Paris: Flammarion.
- Elliott, S., Powell, R., & Brenton, J. (2015). Being a good mom: Low-income, black single mothers negotiate intensive mothering. *Journal of family issues*, 36(3), 351-370.
- Ennis, L. R. (2014). *Intensive mothering: The cultural contradictions of modern motherhood*. Demeter Press.
- Faircloth, C. (2009). Mothering as identity-work: long-term breastfeeding and intensive motherhood. *Anthropology News*, 50(2), 15-17.
- Feasey, R. (2017). Good, bad or just good enough: Representations of motherhood and the maternal role on the small screen. *Studies in the Maternal*, 9(1), 1-32.
- González, Y. Á. (2005). Mujeres frente a los espejos de la maternidad: las que eligen no ser madres. *Desacatos. Revista de Ciencias Sociales*, (17), 107-126.

- Green, F. J. (2015). Re-conceptualising motherhood: Reaching back to move forward. *Journal of Family Studies*, 21(3), 196-207.
- Hays, Sh. (1998). *Las contradicciones culturales de la maternidad*. Barcelona: Paidós.
- Hill, E. J., Märtinson, V. & Ferris, M. (2004), New-concept part-time employment as a work-family adaptive strategy for women professionals with small children, *Family Relations*, 53(3), 282-292.
- Jeremiah, E. (2006) Motherhood to mothering and beyond: maternity in recent feminist thought. *Journal of the Association for Research on Mothering*, 8(12), 21-33.
- Joseph, N. (2017). The myth of motherhood and the commodification of female body. *Research Journal of English Language and Literature*, 5(3), 66-69.
- Kimmel, M. S. (2005). Why men should support gender equity. *Women's Studies*, 103, 102-114.
- Larrambebere, M. B. (2020). Maternidades en tensión: entre la maternidad hegemónica, otras maternidades y no-maternidades. *Investigaciones Feministas*, 11(1), 9-20.
- Londoño, J. A., García, J. B, & Tamayo, D. L. O. (2016). Ser mujer: entre la maternidad y la identidad. *Poiésis (Universidad Católica Luis Amigó Medellín, Colombia)*, (31), 306–313.
- McMahon, M. (1995). *Engendering motherhood: Identity and self transformation in women's lives*. New York: Guilford Press.
- Mamo, L. (2007). *Queering Reproduction: Achieving Pregnancy in the Age of Technoscience*. Durham, NC: Duke University Press.
- Marcús, J. (2006). Ser madre en los sectores populares: una aproximación al sentido que las mujeres le otorgan a la maternidad. *Revista argentina de sociología*, 4(7), 99-118.

- Menéndez, D. C. R., & García, C. M. F. (2011). Empleo y maternidad: el discurso femenino sobre las dificultades para conciliar familia y trabajo. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 28(2), 257-275.
- Micolta, A. (2008). Apuntes históricos de la paternidad y la maternidad. *Prospectiva, Revista de Trabajo Social e Intervención Social*, (13), 1-25.
- Minuchin, S., & Fishman, H. C. (1981). *Family therapy techniques*. Harvard University Press.
- Molina, M. E. (2006). Transformaciones Histórico Culturales del Concepto de Maternidad y sus Repercusiones en la Identidad de la Mujer. *Psyke (Santiago)*, 15(2), 93-103.
- Neyer, G., & Bernardi, L. (2011). Feminist perspectives on motherhood and reproduction. *Historical Social Research*, 36(2), 162-176.
- O'Brien Hallstein, D. L. (2017). Introduction to mothering rhetorics. *Women's Studies in Communication*, 40(1), 1-10.
- Oberman, A. (2005). Historia de las madres en occidente: Repensar la maternidad. *Psicodebate, Psicología, Cultura y Sociedad (Universidad de Palermo)*, (5), 115-130.
- Paltineau, M. (2012). The identity work and health of intensive motherhood. *Health, Culture and Society*, 3(1), 172-183.
- Petit, C. M. (2000). Debates sobre el género. En C. Amorós. (Ed.), *Feminismo y filosofía* (pp. 255-284). Madrid: Editorial Síntesis S.A.
- Pujana, I. F. (2014). Feminismo y maternidad: ¿una relación incómoda? *España: Emakunde/Instituto Vasco de la Mujer*.
- Puleo, A. (2011). *Ecofeminismo para otro mundo posible*. Madrid, Cátedra.
- Rich, A. (1976). *Nacida de mujer. La crisis de la maternidad como institución y como experiencia*. Barcelona, Noguer.

- Rittenour, C. E., & Colaner, C. W. (2012). Finding female fulfillment: Intersecting role-based and morality-based identities of motherhood, feminism, and generativity as predictors of women's self satisfaction and life satisfaction. *Sex roles*, 67, 351-362.
- Sau, V. (1995). *El vacío de la maternidad: madre no hay más que ninguna*. Icaria Editorial, SA.
- Simons, M. A., Benjamin, J., & De Beauvoir, S. (1979). Simone de Beauvoir: an interview. *Feminist Studies*, 5(2), 330-345.
- Solé, C. y Parella, S. (2004). Identidad colectiva y ciudadanía europea. *Revista Sociológica*, (5), 55-80.
- Solé, C., & Rubio, S. P. (2004). Nuevas expresiones de la maternidad: las madres con carreras profesionales, ¿exitosas?. *RES. Revista Española de Sociología*, (4), 67-92.
- Soledad, S. (2013). La institución de la maternidad como bastión del heteropatriarcado. Reflexiones situadas y puntos de quiebre. In *XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo.
- Spitzmueller, C., & Matthews, R. A. (2016). Future research directions on work and the transition to motherhood. *Research perspectives on work and the transition to motherhood*, 287-294.
- Steinberg, D. L. (1997). *Bodies in glass: Genetics, eugenics, embryo ethics*. Manchester University Press.
- Tubert, S. (1996). Figuras de la madre, feminismos. *Madrid: Editorial Cátedra SA*, 7.
- Verea, C. P. (2004). "Malas madres": la construcción social de la maternidad. *Debate feminista*, 30, 12-34.
- Whiley, L. A., Sayer, H., & Juanchich, M. (2021). Motherhood and guilt in a pandemic: Negotiating the "new" normal with a feminist identity. *Gender, Work & Organization*, 28, 612-619.

- Winnicott, D. W. (1956). Primary maternal preoccupation. *The maternal lineage: Identification, desire, and transgenerational issues*, 59-66.
- Woodward, K. (2003). Representations of motherhood. *Gender, Identity & Reproduction: Social Perspectives*, 18-32.